

Irónico punto de vista sobre una de las cuestiones que más preocupa e impacta en la actualidad a la ciudadanía

La Luz, la pesadilla interminable y el ritmo circadiano (Esperpento)

Ramón Castro Inclán

Dada su parece imparable ascensión de precios, la cuestión de la factura de la luz es una de las que más vienen preocupando, y ocupando, a los españoles desde hace muchos meses. Nuestro colaborador vuelve a realizar una revisión crítica, y muy lúcida, de este problema, no nuevo pero sí cada vez más difícil de comprender y solucionar, por mucho que nos hablen de las posibilidades que nos puede deparar el ajuste de nuestro Ritmo Circadiano a las horas punta y horas valle: ¿ahorro de alrededor del 40% de nuestro gasto energético?

ENTRE los recuerdos de la infancia, hace ya varias décadas, figura en lugar preferente el tema eterno de las dificultades del usuario para descifrar el «dichoso recibo de la luz». Hasta los más ilustres profesores de Matemáticas tenían grandes dificultades para lograr explicar a sus amigos, con una terminología apta para la capacidad intelectual de la mayoría, el sorprendente procedimiento utilizado para el cálculo exacto de la cantidad que el usuario estaba obligado a pagar (¡sí o sí!) para evitar que un funcionario de la compañía de electricidad se presentase con la intención, o la amenaza al menos, de la interrupción del suministro, aunque, aun estando al corriente del pago, en aquella época era frecuente permanecer algunas horas bajo el efecto del «apagón», que incluso se justificaba por parte de la compañía eléctrica algunos días concretos cada semana, suspender el suministro por los trabajos de reparación de la red, aunque mucho más a menudo, aparentemente al menos, el corte de suministro acontecía sin previo aviso, ni motivo conocido.

Naturalmente, a lo largo de los años, sí fuimos capaces de descifrar claramente que, de forma inevitable la cifra final que expresaba, sin ningún género de dudas, lo que habíamos de pagar, se incrementaba periódicamente y ocupaba cada año un lugar preferente en el resultado final de la inflación.

“

«Con un sencillo procedimiento de ajustar nuestro Ritmo circadiano a las horas punta y horas valle, que tan claramente nos han explicado tanto el Gobierno como las compañías suministradoras de electricidad, vamos a ser capaces de generar un ahorro de alrededor del 40% de nuestro gasto energético»

”

Resultó siempre muy enternecedor, a lo largo de todas estas décadas, que cada una de las subidas eran cuidadosamente justificada, e inevitablemente se acompañaba de una serie de «sabios consejos» para ayudarnos a minimizar, al menos desde el punto de vista teórico, el «subidón». Así, en diferentes etapas, nos han ido convenciendo sucesivamente de la bondad de los tubos fluorescente; más adelante llegó el turno a la recomendación de sustituir las bombillas incandescentes por las de bajo consumo; continuaron los consejos con la recomendación de montar acumuladores, que se cargaban a horas de menor consumo para ser utilizados en las «horas punta»; y ya, más recientemente, lo que, al menos aparentemente, iba a ser «lo último de lo último»: cambiar toda la vivienda a iluminación LED. En medio de todas estas recomendaciones, lo único que no fuimos capaces de comprender fue que, después de gastarnos «un pastón» en incorporar todas esas novedades tecnológicas, que garantizaban tan enorme reducción del consumo, la cifra final de la cantidad a pagar tras cada cambio, que como siempre era la única que entendíamos, siguió subiendo de modo directamente proporcional al número de bombillas que habíamos incorporado en nuestra vivienda sustituyendo a

las anteriores, con independencia de que se tratase de fluorescentes, bajo consumo o LED.

LA SOLUCIÓN DEFINITIVA

Resignados a aceptar lo inevitable de la situación, a la vista de que nuestro cerebro carece de la flexibilidad requerida para incorporar y comprender los recovecos del recibo de la luz, nos han ofrecido la que, sin duda, va a ser la solución definitiva, basada, nada más y nada menos que en la regulación del «Ritmo circadiano». Todos sabemos cómo el género humano se ha venido distinguiendo del resto de los animales por su capacidad de dominar a nuestro gusto las horas de vigilia, más allá de la servidumbre del ritmo que marca el sol a toda la vida animal que habita sobre el planeta. Pues bien, adaptando una vez más, a base del ingenio, nuestras actividades a la luz artificial, podremos por fin vencer la esclavitud que nos ata a la luz solar, sobre la que, al menos de momento, carecemos de tecnología para dominar y así, con un sencillo procedimiento de ajustar nuestro Ritmo circadiano a las horas punta y horas valle, que tan claramente nos han explicado tanto el Gobierno como las compañías suministradoras de electricidad, vamos a ser capaces de generar un ahorro de alrededor del 40% de nuestro gasto energético. Las compañías eléctricas, velando como siempre por nuestros intereses, han sido capaces de comprender que la pandemia con la cantidad de tiempo libre que cada uno de nosotros ha dispuesto al no poder ir al cine, al fútbol y ni siquiera a los bares, hemos desarrollado tanto nuestra capacidad cerebral para adaptarnos a las nuevas tecnologías que han supuesto, en mi opinión con razón, que no vamos a tener la más mínima dificultad para asumir el cambio y seremos capaces de sustituir rápidamente en nuestro cerebro la dependencia de la luz natural y «asimilarla al recibo de la luz» y así, sin necesidad de pensar, nuestra mente nos enviará el aviso para poner en marcha la lavadora, el lavavajillas, el horno, la vitrocerámica, el microondas, además de la tele y el ordenador, en los momentos idóneos, recomendados por las compañías. Es posible que, quizá los primeros días, necesitemos utilizar alguna que otra dosis de melatonina que nos ayude a acelerar el ajuste de nuestro ritmo circadiano hasta alcanzar ese punto óptimo de avisos por parte de nuestro cerebro, pero estoy seguro de que lo lograremos y, de una vez por todas, seremos capaces de comprender el recibo de la luz y, además, reducir, por vez primera en toda nuestra vida, en cerca del 50% el gasto energético de nuestros hogares.

La idea es muy lógica; al fin y al cabo, todo es luz, el sol y el recibo de la luz representan el mismo modelo energético y utilizan ambas la vía óptica para introducirse en los lugares apropiados del cerebro para que se produzca el milagro del ajuste de nuestro ritmo circadiano. Por tanto, nuestros fotorreceptores serán capaces de asumir la sustitución que, en el fondo, ya vienen haciendo desde que, en las cavernas, alguien fue capaz de encender una hoguera para alargar el día y más recientemente cualquier joven, incluso ahora que las discotecas están cerradas por culpa del Covid, no tienen el más mínimo problema para mantener el botellón al menos hasta que llegan los policías, y ni siquiera tienen necesidad de recurrir a la melatonina, ni a la antigua «centramina», como hacían en la década de los 60 y 70 los malos estudiantes para preparar el examen del día siguiente. Con la mayor naturalidad del mundo, los jóvenes intuitivamente modifican el ritmo circadiano a voluntad, lo que me hace pensar que ya habían descubierto que, en el horario nocturno, se consume menos energía y el ahorro permite prologar el «botellón» hasta el amanecer. Afortunadamente, van a ser muy pocos los que vean incrementado el coste de su factura de la luz, como nos habían amenazado, merced al simple ajuste de nuestro privilegiado cerebro, con ese método que simple y llanamente es la cosa más sencilla y natural del mundo y lo más parecido al huevo de Colón. ¿Cómo no se le había ocurrido antes a nadie?